

VICENTE ALEIXANDRE, ACADEMICO DE LA ESPAÑOLA

P o r G E R A R D O D I E G O

LA solemne y cálida recepción del poeta Vicente Aleixandre en la Real Academia Española ha llenado de alegría a los verdaderos amigos de la mejor poesía, tanto a los que vivimos en España como a los que residen en los otros países de lengua española o de otras lenguas, pero tienen auténtico conocimiento de lo que significa la obra del gran poeta... A primera vista parecería que la incorporación de Vicente Aleixandre a un Cuerpo de tan tradicional abolengo como es la más antigua de las Academias españolas, obligada por lema y designio fundacional a la fijación y esplendor de la lengua y con ella de la poesía, literatura y ciencia filológica y gramatical, habría de sorprender a cuantos piensen en un necesario retraso del gusto académico sobre la palpitación viva del siglo, a cuantos estimasen que el límite máximo de la tolerancia académica se hallaba muy por bajo de las cimas sublimes a que se había alzado, desde hacía quince años, el verbo creador y tumultuoso del poeta quizá más difícil, más de minoría entre los españoles de nuestro tiempo, al menos pensando en su obra y circunstancia ambiente de juventud. Durante algún tiempo se dió

por válido entre artistas y poetas el aforismo de Juan Ramón Jiménez: «Clásico, vivo; académico, muerto.» Un equívoco con el sentido escayólico y pedagógico de las «academias» de dibujo y vaciado, vacías de sangre y de vida, pudo contribuir al dicho, agravado por circunstancial pereza. Dámaso Alonso, en su oportunísimo y generoso discurso de contestación, ha recordado, sin embargo, el ingreso del duque de Rivas en la Academia, meses antes del «Don Alvaro», y pudo aducir otros ejemplos.

Con Vicente Aleixandre recibe el espaldarazo académico la poesía mal llamada sobrerrealista, o «surrealista», con ese «sur» que si en francés es «sobre», a nosotros nos suena a «sub», «bajo» y también a «insurrección», etimologías populares y resonancias muy expresivas, sin embargo, de todos los bajos fondos poéticos y políticos del movimiento francés. Discriminar hasta qué punto la poesía del poeta de *Espadas como labios* o de *Pasión de la Tierra*, los libros más instintivos y menos racionales de Aleixandre, es sobre o infrarrealista, es tema tentador, cuyo desarrollo exigiría amplias márgenes. Pero podemos asegurar que entre la poesía de esos libros y la de los poetas iniciadores del «surréalisme» hay no menor distancia que entre la novela naturalista y determinista de Zola y la de los primeros libros de Emilia Pardo Bazán o Armando Palacio Valdés. Mayor distancia, sin duda, puesto que estas novelas son conocedoras de la novedad parisina, y aquellos, poemas inocentes de manifiestos y tentativas transpirenaicas. Por lo demás, basta leer el librito de la autora de *Los Pazos de Ulloa*, el de la polémica de *La cuestión palpitante*, para ver cómo tenía absoluta razón al defenderse de ese encasillamiento de afrancesada. Y hoy sentimos que entre ella y un adversario como Pereda había mucha menor distancia que entre ella y los novelistas franceses. La prueba la tenemos en que también el propio autor de *Sotileza* fué acusado de naturalista y tuvo que defenderse señalando sus modelos precedentes, no en Francia, sino en la vieja España de Cervantes y Quevedo...

Del mismo modo, la poesía en aquellos libros de Aleixandre, superados en la plenitud de los posteriores, obedece no a ninguna moda de ultrapuertos, sino a una evolución interior, autónoma y

necesaria, a una crisis espiritual, expresiva y hasta patológica, a una comunicación con el espíritu del tiempo que le llega al poeta a la vez que a otros poetas de lengua española, sin sometimiento alguno a fórmulas ni a teorías que indudablemente le repugnaban. En todo caso, a partir de *La destrucción del amor*, la poesía de Vicente Aleixandre se liberta de todo contubernio y se clarifica en un vigoroso impulso hacia la vida total y cósmica, a la par que su dominio de la lengua y de la expresión poética llega a un esplendor retórico y poético, en verdad soberano y magistral.

Este último punto tiene una enorme importancia para comprender la decisión académica, porque los que al Instituto celador de los tesoros del idioma interesa no es el color estético de la poesía o de la literatura que el artista adopte, sino el señorío idiomático y el equilibrio mental que en la obra se manifieste con una personalidad impuesta ya por su sola fuerza evidente; si no en la popularidad máxima de la muchedumbre ingenua, imposible de alcanzar por el puro poeta lírico, sí en la gloria íntima de los mejores y en la orientación fatal de los más jóvenes, que señalan con su acatamiento la madurez de los maestros.

